

el principe de Itaca¹ á la narracion de las del rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegamos al pié del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine V. S. la sorpresa de mi madre al ver á un marido que creia perdido para siempre; y todavia la admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse le habia sido restituído. Pidióle mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vehementes de arrepentimiento, que enternecida mi madre, en lugar de mirarle como á un asesino, vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido; tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió en extremo mi fuga, y tuvo mucho gusto de verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó á partir aquella misma noche para la corte, á donde vengo, señor, á solicitar el perdon, que espero obtener, puesto que V. S. quiere hablar á mi favor al primer ministro, y apoyarme con todo su valimiento.

El valiente hijo de Don Anastasio dió fin aquí á su narracion, y yo con mucha gravedad le dije:—Basta, Señor Don Rogerio; el caso me parece perdonable; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto á S. E., y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino me dió mil gracias, que por un oído me hubieran entrado y por otro salido, á no haberme asegurado se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que tocó esta cuerda me puse en movimiento. El mismo dia conté este suceso al duque, quien, habiéndome permitido le presentara el caballero, le dijo:—Don Rogerio, estoy enterado del lance de honor que os trae á la corte: Santillana me ha dicho todas sus circunstancias: sosegaos. Vuestra accion es disculpable; y S. M. gusta de perdonar á los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por pura formalidad esteis preso; pero vivid seguro de que no lo estareis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demas; él acelerará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fué á la cárcel. Su carta de perdon se le espidió inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez dias envié á este nuevo Telemaco á reunirse con su Ulises y su Penélope; en vez de que si no hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fué este lance muy provechoso; pero yo no era todavia un Don Rodrigo Calderon para despreciarlo.

¹ Telemaco, cuando volvió su padre Ulises de las expediciones por la Grecia.



CAPÍTULO IX.

Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran fortuna, y de como tomó el aire de persona de importancia.



El asunto que acabo de referir me engolosinó, y diez doblones que di á Escipion por su corretage le animaron á hacer nuevas investigaciones. Ya dejó celebrados sus talentos para esto, por lo que se le podia dar el renombre de Escipion el grande. El segundo penitente que me llevó, fué un impresor de libros de caballería, que se había enriquecido á despecho del sano juicio. Este impresor habia reimpresso una obra de uno de sus compañeros, y le habian embargado la edicion. Por trescientos ducados conseguí se le devolviesen sus ejemplares, y le libré de una fuerte multa. Aunque esto no era de la inspeccion del primer ministro, S. E. quiso á mi ruego interponer su autoridad. Despues del impresor me trajo á las manos un mercader, y el negocio era el siguiente. Un navío portugues habia sido apresado por un corsario berberisco, y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que, habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la corte de España á buscar un protector cuyo valimiento fuese bastante para hacérselas entregar, y tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me empeñé por él, y recobró sus géneros mediante la cantidad de cuatrocientos doblones que pagó por el favor.

Me parece que oigo al lector gritarme al llegar aquí: Animo, señor de Santillana: cálzese vd. las botas; pues está en camino de adelantar su fortuna. ¡Oh! no dejaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar á mi criado con un nuevo *quidam* que acaba de enganchar. Cabalmente es Escipion: escuchémosle.—Señor, me dice, permítame vd. le presente á este famoso empírico, quien solicita un privilegio para vender

sus medicamentos por espacio de diez años en todas las ciudades de la monarquía de España, con exclusion de cualesquiera otros, es decir, que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de agradecimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dije al charlatan, tomando el aspecto de un protector:—Id, amigo mio, vuestra solicitud corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le saqué un privilegio que le permitia engañar al pueblo esclusivamente en todos los reinos de España.

Yo conocí la verdad de aquel refran que dice, que el comer y el rascar todo es empezar; pero ademas de que advertia que la codicia iba creciendo en mí á medida que iba adquiriendo riquezas, habia logrado de S. E. con tanta facilidad las cuatro gracias de que acabo de hablar, que no me detuve en pedirle la quinta. Esta fué el gobierno de la ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava que me ofrecia mil doblones. El ministro se echó á reir viéndome caminar tan de priesa.

—Vive diez, amigo Gil Blas, me dijo, como apretais! Deseais vivamente hacer bien al prójimo. Mirad: cuando no se trate mas que de bagatelas, no repararé en ello; pero cuando me pidais gobiernos ú otras cosas de importancia, os quedareis enhorabuena con la mitad del provecho, y á mí me dareis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni cuántos arbitrios necesito para mantener la dignidad de mi empleo, porque, á pesar del desinterés que aparento á los ojos del mundo, os confieso que no soy tan imprudente que quiera abandonar mis intereses propios. Sirvaos esto de gobierno.

Con esta advertencia me quitó mi amo el temor de importunarle, ó mas bien me escitó á que prosiguiese con mayor empeño, y me sentí aun mas sediento de riquezas que ántes. Hubiera yo entónces con gusto hecho fijar un cartel que dijese, que todos aquellos que quisieran conseguir gracias en la corte, no tenian mas que acudir á mí: yo iba por un lado, y Escipion por otro, buscando ocasiones de servir por dinero. Mi caballero de Calatrava alcanzó el gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio á un caballero de Santiago. No contento con nombrar gobernadores, concedí hábitos de las órdenes militares, trasformé algunos buenos plebeyos en malos hidalgos, con famosos títulos de nobleza: quise tambien que la clerecía participase de mis favores, y así conferí beneficios cortos, canongías, y algunas dignidades eclesiásticas. En orden á los obispados y arzobispados era el colador de ellos el Señor Don Rodrigo Calderon, quien ademas nombraba para las togas, encomiendas y vireinatos; lo que prueba que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños, porque los

sugetos á quienes nosotros elegiamos para ocupar los puestos, de que haciamos un tráfico tan honorífico, no eran siempre los mas hábiles ni los mas honrados. Sabiamos muy bien que los burlones de Madrid se divertian en este punto á costa nuestra: pero nosotros pareciamos á los avaros, que se consuelan de las murmuraciones del pueblo recontando su dinero.

Isócrates llama con razon á la intemperancia y á la locura, *compañeras inseparables de los ricos*. Cuando me ví dueño de treinta mil ducados, y en disposicion de ganar quizá diez tantos mas, juzgué me tocaba hacer un papel digno de un confidente del primer ministro: alquilé una casa entera, que hice adornar lujosamente; compré el coche de un escribano que lo habia echado por ostentacion, y que se deshizo de él por consejo de su panadero. Recibí un cochero, tres lacayos; y como es regular promover á los criados antiguos, ascendí á Escipion al triple honor de mi ayuda de cámara, mi secretario y mayordomo mio: pero lo que acabó de colmar mi orgullo fué que el ministro tuviese á bien que mis criados llevasen su librea. Con esto perdí lo que me restaba de juicio: no estaba menos loco que los discípulos de Porcio Latro, cuando, á fuerza de haber bebido agua de cominos, se pusieron tan pálidos como su maestro, imaginándose tan sabios como él; poco me faltaba para juzgarme pariente del duque de Lerma. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, y quizá por uno de sus hijos bastardos; cosa que me lisonjeaba estremadamente.

Añádase á esto que quise como S. E., tener mesa de estado, y á este efecto encargué á Escipion me buscara un cocinero, y me trajo uno que podia casi compararse con el del Romano Nomentano, de golosa memoria. Abastecí mi cueva de vinos esquisitos; y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias, principié á convidar gentes. Todas las noches venian á cenar á mi casa algunos de los principales covachuelistas del ministro, los cuales se apropiaban con vanidad el dictado de secretarios de estado. Les tenia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Escipion por su parte, porque tal amo tal criado, tambien daba mesa en el tinelo, en donde á costa mia regalaba á sus conocidos. Pero ademas de que yo queria á este mozo; como él contribuía á hacerme ganar dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo; fuera de que yo miraba estas disposiciones como un jóven que no reflexiona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ellas. Habia asimismo otro motivo para no cuidar de esto, y era que los beneficios y empleos no cesaban de traer agua al molino, con lo que mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida ostentosa. Creyendo habria ya vuelto de Andalucía quise tener el gusto de sorprenderle, y á este fin envié un papel anónimo, en el que le decia que un señor siciliano, amigo suyo, le esperaba á cenar, señalándole dia, hora y lugar á donde debia acudir: la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se quedó sumamente admirado cuando supo que yo era el señor extranjero que le habia convidado.—Sí, le dije, amigo mio yo soy el dueño de esta casa. Tengo coche, buena mesa, y sobre todo un gran caudal.—¡Es posible, exclamó con viveza, que te encuentre nadando en la opulencia! ¡Cuánto me alegro de haberte colocado con el conde Galiano! Bien te decia yo, que aquel señor era generoso, y que no tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que seguiste el sabio consejo que te dí de aflojar algo la rienda al repostero; sea enhorabuena: con esa prudente conducta engordan tanto los mayordomos de las casas grandes.

Dejé á Fabricio aplaudirse cuanto quiso de haberme llevado á casa del conde Galiano; y despues, para moderar la alegria que manifestaba de haberme agenciado tan buen puesto, le dije sin omitir circunstancia, las señales de agradecimiento con que este señor habia pagado lo que le habia servido; pero percibiendo que mi poeta mientras yo le referia estos pormenores cantaba interiormente la palinodia, le dije:—Yo perdono al siciliano su ingratitud. Hablando aquí entre los dos, mas motivo tengo de darme el parabien que de lamentarme. Si el conde no se hubiera portado mal conmigo, le habria seguido á Sicilia, en donde todavia le estaria sirviendo, esperanzado de un acomodo incierto. En una palabra, no seria confidente del duque de Lerma.

Estas últimas palabras dejaron tan atónito á Nuñez, que por el pronto no pudo desplegar los labios; pero luego rompiendo de pronto el silencio me dijo:—¿Es verdad lo que oigo? ¡Qué lograis de la confianza del primer ministro!—La divido, le respondí, con Don Rodrigo Calderon, y segun las apariencias llegaré mas lejos.—En verdad, Señor de Santillana, replicó, que me causais admiracion. Sois capaz de desempeñar toda clase de empleos. ¡Qué talentos se unen en vos! Ó mas bien, para servirme de una espresion á nuestro modo, poseis un talento universal; es decir, que para todo sois adecuado. Finalmente, señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S.—¡Oh, qué diablos! interrumpí yo, Señor Nuñez, nada de señor, ni señoría. Dejaos de esos tratamientos, y vivamos siempre con familiaridad.—Tienes razon, repitió; aunque te hayas enriquecido, no debo mirarte con otros ojos que con los que he mirado siempre. Pero, añadió, te confieso mi flaqueza; al oír tu fortuna me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento, no veo en tí mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fué interrumpida por cuatro ó cinco covachuelistas que llegaron:—Señores, les dije, mostrándoles á Nuñez, ustedes cenarán con el Señor Don Fabricio, que hace versos dignos del rey Numa¹, y que escribe en prosa como nadie escribe. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesia, que dejaron cortado al poeta: apenas se dignaron mirarle: por mas que dijo cosas muy agudas para atraerse su atencion, no le escucharon; lo que le picó tanto que, tomando una licencia poética, se escurrió sutilmente de entre todos, y desapareció. Nuestros covachuelistas no advirtieron su retirada, y se sentaron á la mesa sin preguntar siquiera qué se habia hecho.

Al siguiente dia por la mañana cuando yo me acababa de vestir y me disponia á salir de casa, el poeta de las Asturias entró en mi gabinete.—Perdóname, amigo mio, me dijo, si he ofendido á tus covachuelistas; pero hablando con franqueza, me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Son para mí muy fastidiosos unos hombres tan presumidos y almidonados. No alcanzo como tú, que tienes un entendimiento tan delicado, puedes acomodarte á convidados tan estúpidos. Yo quiero desde hoy traerte otros mas listos.—Tendré, le dije, mucha satisfaccion en eso, y para ello me fio de tu gusto.—Con razon, me respondió; yo te prometo talentos superiores, y de los mas entretenidos. Voy de aquí á una casa de vinos generosos á donde van á reunirse dentro de poco; los apalabraré para que no se comprometan con otro, porque son tan festivos que en todas partes los apetece.

Dicho esto, me dejó; y por la noche á la hora de cenar volvió acompañado de solos seis autores que me presentó uno tras otro, haciéndome su elogio. Si se le hubiera de creer, aquellos grandes ingenios sobrepujaban á los de Grecia y de Italia, y sus obras, decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí á aquellos señores muy atentamente, y aun afecté llenarlos de atenciones, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Aunque no hubiera encargado á Escipion que la cena fuese abundante, como él sabia la clase de gentes á que debia obsequiar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin, nos sentamos á la mesa con mucha alegría. Mis poetas principiaron á hablar de sí propios, y á alabarse. Uno citaba con vanidad los grandes y las señoras á quienes agradaba su musa: otro, vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sujetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrían con la misma presuncion. Mientras comian, me fastidiaron con trozos de versos y de prosa: cada uno de ellos recitaba por turno algun pa-

(1) Los versos oscuros que cantaban los sacerdotes Salios en sus procesiones habian sido compuestos por Numa.

sage de sus escritos: uno lee un soneto; el otro declama una escena trágica; otro lee la crítica de una comedia; y el cuarto, leyendo á su vez una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de una voz impropia. El autor de la traduccion defiende lo contrario; y se arma una disputa en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones son diversas, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Todo esto era tolerable; pero aquellos furiosos se levantan de la mesa, y andan á cachetes. Fabricio, Escipion, mi cochero, mis lacayos y yo, en qué nos vimos para ponerlos en paz. Cuando se vieron separados, salieron de mi casa como de una taberna, sin pedirme ningun perdon de su impolítica.

Nuñez, sobre cuya palabra habia yo formado una idea agradable de aquella comida, se quedó atónito del lance.—Y bien, le dije, amigo, ¿me elogiareis todavía á vuestros convidados? A fé mia que me habeis traído unas gentes bien despreciables. Aténgome á mis covachuelistas; no me hables mas de autores.—Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, pues acabas de ver á los mas juiciosos.



CAPÍTULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas en la corte: del encargo que le dió el conde de Lémos, y de la intriga en que este señor y él se metieron.



UEGO que se llegó á saber que era yo privado del duque de Lerma, empecé á tener corte. Todas las mañanas estaba mi antesala llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de personas, unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al ministro, y otras á moverme con súplicas para conseguirles *gratis* lo que pretendian. Las primeras tenian seguridad de ser escuchadas y bien servidas. En órden á las segundas, me desembarazaba prontamente con escusas, ó las entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que un pedernal, y de consiguiente perdí tambien el cariño á mis amigos, y me desnudé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad, voy á contar cómo traté en una ocasion á José Navarro.

Este José Navarro, al que tanto tenia que agradecer, y quien, para decirlo de una vez, era la causa primordial de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba hacer siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Lerma cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable, y de gran mérito; pero que necesitaba empleo para subsistir.—No dudo, añadió José, que, siendo vd. tan bueno, y amigo de hacer un favor, tendrá gusto en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de vd. Tengo la seguridad de que me dareis las gracias, porque os proporciono ocasion de ejercer vuestra condicion caritativa. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de balde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar que estaba muy propicio á servirle.—Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á vd. mi vivo agradecimiento á cuanto vd. ha hecho por mí: me basta que vd. se interese por cualquiera, y no necesita otra recomendacion para decidirme á servirle. Su amigo de vd.